

AETERNUM
Para toda la Eternidad

ANA ROSENROT

No hay tiempo para nosotros
No hay lugar para nosotros
¿Qué es esta cosa que crea nuestros sueños que a pesar de todo se nos escapan?

¿Quién quiere vivir para siempre?
¿Quién quiere vivir para siempre?

No hay oportunidad para nosotros
Está todo decidido para nosotros
Este mundo tiene tan sólo un buen momento desechado para nosotros

¿Quién quiere vivir para siempre?
¿Quién quiere vivir para siempre?

¿Quién se atrevería a amar para siempre?
¿Cuando el amor deber morir?

Más toca mis lágrimas con tus labios
Toca mi mundo con tus dedos
Y podremos tener para siempre
Y podremos amar para siempre
Para siempre es nuestro día de hoy

¿Quién quiere vivir para siempre?
¿Quién quiere vivir para siempre?
Para siempre es nuestro día de hoy

Sin embargo, ¿Quién espera para siempre?

"Who wants to live forever"- Queen (Los Inmortales)

I PARTE

El sonido de las sirenas de los coches de policía rompía la tranquilidad de aquella fría mañana de Octubre, que había amanecido gris y plomiza. Los policías mantenían el patio del instituto acordonado mientras que alrededor se agolpaban numerosos jóvenes que portaban mochilas y carpetas. Para los muchachos aquello era simplemente un acontecimiento de interés. A aquella edad egoísta e insensible era una experiencia más a absorber por su curioso e insaciable apetito de sensaciones, probablemente en un par de semanas lo olvidarían todo y sería tan solo un recuerdo del que hablarían como algo ya pasado y sin importancia, como del Maratón de Nueva York de la semana pasada y la próxima ceremonia del encendido de la iluminación del árbol de Navidad en el Rockefeller Center o la fiesta de Halloween que ocuparía sus próximos pensamientos... y entonces, el muchacho muerto en el patio de su instituto sería tan solo una anécdota.

Se habían encontrado con el suceso cuando iban a entrar en clase, además de una oportunidad de perder horas de estudio también el morbo y la curiosidad les hacían interesarse por lo que había ocurrido y observaban el cuerpo cubierto con papel dorado que permanecía en el asfalto. Por debajo del papel se veía una mancha de sangre roja y viscosa aún fresca, lo que hacía deducir que el suceso no hacía demasiado tiempo que había ocurrido.

Algunos agentes se ocupaban de que los chavales no traspasaran la cinta y de que los periodistas se mantuvieran en su lugar mientras que los profesores y el director del instituto intentaban llevarse a los estudiantes sin demasiado éxito. Dos hombres vestidos con traje y portando sendas placas en los cinturones acababan de llegar. Uno de ellos, el más joven y cuyo traje era de mejor calidad, se arrodilló ante el cuerpo que hacía poco habían depositado en el suelo y levantó levemente el papel dorado que lo cubría.

-Es solo un muchacho- dijo apenado. Cualquier muerte violenta le parecía lamentable pero cuando se trataba de niños o jóvenes como en este caso, se sentía doblemente mal. El muchacho no debía tener más de dieciséis o diecisiete años y probablemente acudía a aquel mismo instituto.

-Si- le contestó el otro hombre que permanecía a su lado y tomaba nota de todos los detalles- Un muchacho otra vez, y ya van seis.

-Demasiadas casualidades, ¿no te parece Mike?

-No sé qué decirte Jack. Bueno... ha habido tres suicidios, dos accidentes y una muerte violenta. Todos entre dieciseis y veinticinco años. Quizás sea solo eso, casualidad. Dicen que los días de luna llena aumentan las muertes.

-Lo más extraño son los suicidios, parece que todos tienen las mismas características. No tenían antecedentes de depresión ni estaban en tratamiento, además cuando se suicidaron escuchaban la misma música. Eran chicos normales, como aquellos dos- dijo señalando a dos jóvenes de unos diecisiete años que estaban situados al borde de la cinta amarilla y miraban la escena con interés.

-Seguro que si miras su mp4 descubrirás que ellos también escuchan al mismo grupo, es el de moda. No creo que eso tenga mayor importancia. También han encontrado una lata de Flymind en la azotea- le contestó su compañero sin dar demasiada importancia a aquel detalle.

-¿Flymind?- preguntó el otro.

-Sí, creo que también lo bebieron los demás suicidas. Es una nueva bebida, la anuncian en todas partes pero aún no la han sacado al mercado. Se trata de ese nuevo tipo de publicidad que crea deseos de comprar incluso antes de que esté en el mercado.

-Sí, ya recuerdo. Lo he visto anunciado.

-La regalan de vez en cuando por los institutos y zonas de ocio.

Los dos jóvenes no podían escuchar la conversación, además estaban demasiado interesados en el cuerpo. Aquel era su instituto y el hecho de que hubiera ocurrido un suceso como aquel a primera hora de la mañana les causaba un enorme interés.

-¿Tú crees que se habrá suicidado o le habrán empujado?- preguntó uno de ellos que tenía el cabello cobrizo y una expresión pícaro en su rostro.

Su compañero se encogió de hombros. Hacía frío y se frotó las manos para entrar en calor.

-No sé- dijo- Seguro que en las noticias nos enteramos de más cosas. Además no sabemos si se trata también de un chaval. Quizás sea un vagabundo o un borracho que entró en el instituto para refugiarse y se ha caído, o un desesperado- dijo el otro joven cuyo aspecto era más serio y reservado. No le gustaba hacer juicios de valor sin conocer toda la información.

-¿Te parece a ti que un vagabundo iría con unas Adidas tan chulas y habría subido hasta la azotea de nuestro instituto para luego caerse accidentalmente? No me hagas reír- dijo con ironía.

Efectivamente, el papel dorado no tapaba del todo el cuerpo y dejaba asomar unos vaqueros y unas deportivas.

-¿Y por qué querría suicidarse?

-No lo sé, pero la verdad es que es una muerte muy desagradable. Se tiró desde la azotea y cayó sobre la reja, eso he oído. Tuvo mala suerte o no calculó bien. Me han dicho que ha quedado ensartado como una salchicha- comentó divertido el joven de cabello cobrizo aunque un poco frustrado por no haber podido ver aquella macabra escena.

-Tenía que estar muy desesperado para saltar al vacío...- reflexionó sin hacer caso de la broma de su amigo.

-Quizás estaba desesperado porque Linda no ha querido salir con él...- dijo su amigo con evidente tono jocosos esbozando una mueca que resaltó aún más su aspecto pícaro.

-Martin, a veces eres detestable- contestó el joven entre risas dándole un golpe cariñoso- Te juro que el día que estés despistado seré yo mismo el que te empuje desde la azotea del instituto.

-¡Jajaja!, si haces eso nunca podré ayudarte con Linda.

-Bastante ayuda tengo contigo...- se lamentó.

-Venga Alex, te prometí que hablaría con ella- se quejó Martin.

-Si, si... de eso hace ya dos semanas. Mira, viene el director, ¿no me digas que nos van a hacer ir a clase después de lo que ha pasado?

-Es inaudito, ¿no deberían mandarnos a casa?. Esto nos puede crear un trauma- protestó Martin. Efectivamente el director estaba reuniendo a los alumnos para que entraran en el edificio. Era mejor que todos estuvieran en el instituto mientras la policía y los sanitarios se llevaban el cuerpo. Lo más conveniente es que procuraran recobrar la normalidad y la rutina cuanto antes.

Los dos jóvenes se ajustaron las mochilas y se cerraron las cazadoras, después comenzaron a correr hacia la entrada del edificio.

Pequeños copos comenzaron a caer lentamente como si estuvieran suspendidos en el aire, formando una blanda manta sobre el cuerpo del joven que permanecía en el suelo en complicada postura. Era un extraño y macabro contraste que frente al cartel publicitario que anunciaba los laboratorios de la farmacéutica Alkimax con su sonriente y lozana muchacha diciendo: "Todo por su salud", se encontrara el cadáver de un muchacho. Al destino jocoso le gustaba jugar con las casualidades.

Al final del día probablemente Brooklyn estaría blanco y frío, al igual que el cuerpo del joven suicida en el depósito de cadáveres.

Martin y Alex se dirigieron rápidamente al instituto, lo único bueno que tenía ese lunes es que se habían perdido media hora de clase, por suerte la de matemáticas.

Los policías se quedaron en el lugar del suceso mientras que el forense y la policía científica realizaban una evaluación preliminar. No había duda que el muchacho había caído al vacío desde la azotea del edificio con la mala fortuna de quedar clavado en la reja. Por suerte habían tenido tiempo para, tras la toma de pruebas, bajar al muchacho de la reja y depositarlo en el suelo antes de que lo vieran los estudiantes.

Al detective Jack Bacarezza le seguía pareciendo sumamente extraño aquel número de suicidas entre gente tan joven. Recordaba sus años de instituto y sabía que a aquella edad cualquier desilusión significaba el fin del mundo, pero llegar al suicidio era excesivo y cuando esto ocurría eran casos excepcionales. No le convenía la hipótesis de que todo fuera fruto de la casualidad, aunque a él mismo le parecía algo traído por los pelos el pensar que había algo en común en todas ellas, sin embargo algo le decía que era exactamente eso lo que ocurría y su instinto no le había fallado nunca. Se pasó la nervuda mano por la nuca en un gesto compulsivo como hacía siempre que algo le preocupaba, sus dedos rozaron su cabello oscuro. Sus facciones de origen italiano estaban endurecidas y su ceño fruncido mientras contemplaba la escena como si intentara ver más allá de lo que había allí. Miró hacia lo alto del instituto y entornó sus ojos castaños mientras calculaba mentalmente la altura que había desde la azotea, donde otros policías recogían huellas y pruebas, hasta el suelo; aunque el muchacho no hubiera caído sobre la reja de la entrada, el golpe contra el suelo no dejaba muchas probabilidades de sobrevivir.

Las muertes violentas en una ciudad como Nueva York no eran algo extraño, sin embargo, aunque en diferentes formas y lugares, había algo en las últimas recientes que le hacían sospechar: siempre eran jóvenes de entre 16 y 25 años, fuertes y saludables, aparentemente sin ningún problema, siempre escuchando el mismo tipo de música, la última canción del momento, sin ninguna nota de despedida... todo aquello le parecía muy extraño, pero estaba claro que si no contaba con alguna prueba que justificara su intuición no podría decirle nada al comisario y habrían tenido que dar por cerrados los casos, catalogándolos como suicidios pues no había prueba de ninguna otra cosa.

De momento aquello no había causado alarma ninguna y quizás por eso estaban aumentando el número de muertes. No quería dejarse llevar por la idea loca de algún complot para acabar con jóvenes norteamericanos sanos con suicidios rituales llevados a cabo por sectas misteriosas, pero algo en su interior bullía y sabía que todo aquello tenía una causa y un por qué. Al único que había confiado sus inquietudes era a su compañero Mike O'Connor al que su origen irlandés, y su personalidad tozuda y simplista le hacía ver las cosas de una manera fácil sin dobles percepciones. O'Connor rozaba los cuarenta y tres aunque aparentaba casi cincuenta, tenía dos hipotecas, una mujer muy chillona, dos niños superdotados que necesitaban clases especiales, un perro que siempre estaba hambriento, un cuñado que siempre quería liarle para algún negocio extraño y una amante con la que disfrutaba de un rato de tranquilidad antes de volver a su enfebrecida casa, por lo tanto no era hombre que pudiera andarse con disquisiciones instintivas: lo que era, era, y punto. Lo blanco, blanco y lo negro, negro; era de la vieja escuela, odiaba los nuevos métodos, creía que Internet era una tontería, los psicólogos eran unos embaucadores y que para detener a los delincuentes solo hacía falta pericia y ser más listos que ellos; por eso Jack prefirió no insistir más en el tema. Era más joven que su compañero, le faltaban un par de años para la treintena. Desde niño había ansiado entrar en la policía y su padre, aunque no se opuso, se sintió disgustado porque no continuara con el restaurante familiar. A pesar de contar con una extensa familia prefería vivir solo en un apartamento en Brooklyn para disfrutar de la paz y la tranquilidad que nunca había tenido con su vivaracha familia aunque esto no significara que no les quisiera con locura pero desde siempre había ansiado independencia.

Pero sí había alguien que intuía lo mismo que él. Se dio la vuelta justo para encontrarse ante la grabadora de Dylan Gregor, el periodista del Global, periódico especializado en investigación de sucesos y que contaba con gran seguimiento.

-¿Es otro joven, detective Bacarezza?- preguntó mirándole directamente a los ojos.

-Sí, es otro joven, de unos diecisiete años, se precipitó desde la azotea.

-¿Se precipitó o fue empujado?- preguntó inquisitivamente.

-Acabamos de empezar con la investigación, en cuanto sepamos algo se lo haremos saber a la opinión pública.

A pesar de todo, Bacarezza no quería que la prensa divulgara sus sospechas, eso haría que cundiera el pánico y todo se desbocaría. La máxima en la policía era dar la mínima información posible ya que muchas veces los periodistas arruinaban las investigaciones publicando con demasiado aceleración y alegramente las noticias y los detalles que les hubieran podido servir para

detener a los culpables. Así que optó por mantenerse frío y no dejar traslucir sus inquietudes, pero Dylan Gregor era listo, muy listo, debía tener láser en la mirada ya que pareció perforarle y sus labios se contrajeron levemente en una sonrisa. Tenía aproximadamente la edad de Jack y una atractiva sonrisa pero sabía que en aquel momento su sonrisa y su encanto personal no le servían de nada.

-Deja la cámara Mac, aquí ya hemos terminado. Saca unas fotos generales, sobre todo del cuerpo antes de que se lo lleven- le dijo al fotógrafo dando por terminada la entrevista con la policía.

Jack Sabía que a Dylan no podía engañarle, se conocían desde hacía muchos años, eran amigos desde niños pero aún así Jack procuraba que su amistad no interfiriera con su trabajo.

-No puedo contarte nada Dylan, en serio, lo que hay es lo que ves- aseguró.

-Pero tú tienes alguna teoría, ¿no?. Vale, no me digas nada- dijo al ver su expresión un tanto desbordada- Diremos que se trata de otro suicidio, el cuarto ya, pero dentro de poco y si esto sigue aumentando la gente empezará a hacerse preguntas y lo sabes.

-Espero que no seas tú el que alarme a los ciudadanos, ¿no?

-La gente no es tonta, siempre habrá alguien que ate cabos, recuerda que no soy el único periodista de la ciudad y a los demás no podrás pedirles que callen para hacerte el favor. Espero que cuando llegue ese momento el departamento de policía tenga algo que contar.

Jack asintió con un gesto.

-¿Quieres que nos veamos esta noche para tomar unas copas?- preguntó Dylan.

-Ya te llamaré pero hoy no creo que pueda.

Dylan sonrió, Jack era muy perspicaz y seguramente había intuido las intenciones que se ocultaban tras aquella invitación.

El periodista fijó la vista en el policía. Jack parecía cansado, sin duda aquellas muertes le traían de cabeza. Contempló su aspecto pulcro, su traje de buena calidad y perfectamente planchado y su corbata impecable que delataba su personalidad recta, honrada y justa. Siempre pretendía hacer las cosas bien, no molestar a nadie y cumplir con las normas establecidas, precisamente todo lo contrario a él que le encantaba correr riesgos, saltarse las normas y sentir la adrenalina corriendo por sus venas cuando el peligro le acechaba. Desde niños habían sido totalmente diferentes, totalmente complementarios y totalmente amigos.

-Está bien, me voy. Tenemos que montar todo esto para que salga en el periódico de la tarde- dijo dándose por vencido sabiendo que Jack no le contaría nada hasta que no estuviera totalmente seguro de lo que había ocurrido y si estaba relacionado o no con los otros casos de suicidio.

-Bien, buena suerte.

-Espero que mejor que la de ese muchacho- contestó Dylan señalando el cuerpo sin vida que ya trasladaban en la furgoneta que le llevaría a la morgue.

En la mesa fría del depósito de cadáveres, el forense y un ayudante, un joven de lánguido atractivo y pelo lacio, examinaban el cuerpo de la víctima. No tenía fracturas debido a la caída pero tampoco había ninguna señal de agresión, ni moratones en la espalda que delataran un

empujón, ni heridas defensivas. La muerte le había sobrevenido al caer sobre la reja del instituto clavándose las puntas en forma de flecha en su pecho con tal fuerza que le habían traspasado y la punta de hierro había salido por su espalda, por lo demás su cuerpo joven y atlético denotaba una vida saludable. Poco más había que hacer, cubrió el cadáver con una sábana y lo metió en el cuarto frigorífico a la espera de que su familia acudiera para el reconocimiento, se lavó las manos y salió de la sala, por aquella mañana había terminado.

Un cuarto de hora más tarde la puerta del depósito se abrió sigilosamente y el joven del pelo lacio entró nuevamente, abrió la puerta del frigorífico y tiró de la bandeja donde descansaba el cuerpo que acababan de examinar. Con sumo cuidado y mirando de vez en cuando hacia la puerta para comprobar que nadie se acercaba por allí, sacó una jeringuilla de su bolsillo y abriendo el parpado del muerto le pinchó en el globo ocular, a la altura del lagrimal y extrajo una cantidad suficiente de humor vítreo. Después volvió a dejarlo todo como estaba y salió tan sigilosamente como había entrado. En una de las salidas traseras del depósito, la más discreta, un coche gris plata esperaba. Cuando el joven ayudante del forense salió, la ventanilla se bajó lo justo para que pudiera meter la mano y entregar aquella jeringuilla, después se cerró y rápidamente el coche arrancó y se marchó.

*C*orría el día de San Juan del año del señor de 1433 cuando aquel bebé, manchado aún de sangre del parto, fue dejado en el torno del convento, por eso le dieron el nombre de Juan y de apellido Expósito, lo que no dejaba lugar a dudas sus orígenes, era el apellido que se les daba a todos los niños dejados en la inclusa, el apellido de los huérfanos, de los abandonados y de los despreciados.

El pequeño Juan fue el dolor de cabeza del convento entero desde el mismo momento en que hizo su presencia allí: no dormía, lloraba mucho y siempre tenía un hambre voraz. Cuando fue creciendo se llevó más de un golpe por haberle pillado metiendo la mano en la despensa. La hermana lega le pegaba con una vara en las manos hasta despellejárselas pero nada en su expresión conseguía arrancar una mueca de dolor lo que hacía que la hermana se esmerara por sacar una lágrima de aquellos azules e impenetrables ojos, que provocaba que la monja se santiguara y murmurara una oración al considerar que había algo demoníaco en aquel niño.

-Ahora te quedarás en ese rincón toda la noche para que aprendas a no robar. No me extraña que tu madre te dejara abandonado en el convento, sin duda eres carne de horca, un pequeño tramposo y ladronzuelo- le solía decir la hermana lega para mortificarle, era la única manera que tenía de observar alguna variación en su rostro aunque fuera la expresión del odio.

Juan se quedaba en aquel rincón de la cocina durante toda la noche sin más compañía que la del frío suelo y las cucarachas que correteaban de un lado a otro. Por la mañana continuaba el castigo y lo único que tenía para comer durante todo el día era un trozo de pan que comenzaba a ponerse mohoso y el agua del pozo que por lo menos estaba limpia, pero él no protestaba, solo miraba con aquellos ojos que en ocasiones daban miedo porque estaban llenos de odio. A veces el cura se preguntaba qué pasaba por la cabeza de aquel crío y esperaba con ansiedad el momento en que fuera lo suficientemente mayor para echarle de la inclusa y buscarse la vida, cosa que ocurrió a los diez años cuando Juan se escapó tras una paliza.

A la edad de doce años Juan era un ratero más que correteaba por las calles empedradas de Toledo atento a algo de comida que pudiera robar de algún puesto o incluso quitar la bolsa del cinturón de los caballeros o incluso de las mujeres que iban a la compra. Solía llevar la cara sucia

y alguna herida que delataba su carácter pendenciero, en particular tenía una pequeña cicatriz en una ceja producto de una pedrada que había recibido de un sastre al que había intentado robar un trozo de paño. Dormía en los soportales y pedía a la puerta de las iglesias intentando despertar la piedad de los feligreses, para eso mantenía la cabeza baja pues sabía que la mirada azul de sus ojos delataba la soberbia y la repulsión que le producía estar allí y pedir limosna, amén de las patadas que le propinaban los otros mendigos.

Cuando Juan apenas contaba 13 años intentó robarle el dinero a Abraham Mossem, un judío converso. El alguacil le envió sin contemplaciones a la cárcel pero el orfebre se apiadó del muchacho y decidió darle una oportunidad. Pidió que le condonaran la pena de cárcel y él le enseñaría un oficio para que el joven pudiera salir de su triste destino como ladrón y mendigo. El alguacil se limitó a encogerse de hombros y accedió, estaba convencido que el judío había perdido la cabeza y era muy probable que una noche se escapara con todo lo que el anciano debía acumular en su casa.

Así fue como el joven Juan se convirtió en el aprendiz de Abraham Mossem, el orfebre más famoso de Toledo. Todos los nobles se hacían eco de sus exclusivos diseños y para el muchacho era un privilegio empezar a trabajar con él. El orfebre era un hombre de edad avanzada, carácter amable y marcados rasgos judíos; eran muchos los que pensaban que su conversión era fingida como muchos otros que habían optado por abrazar la religión cristiana previendo que las cosas no tardarían mucho en cambiar en Toledo, por todo eso y para no tener problemas, Abraham Mossem había optado por convertirse al cristianismo y a la vista de todos se comportaba correctamente: acudía a la iglesia con regularidad y nadie le había visto realizar ningún rito propio de su religión, visto lo visto no hacía falta investigar más ya que para todos hubiera sido una verdadera lástima que Abraham Mossem se marchara y se estableciera en otro lugar. La concordia era la nota dominante entre los habitantes de Toledo como demostraba el hecho de que le dejaran continuar con su nombre hebreo, y no había ningún motivo para que esto no continuara así aunque últimamente se habían producido algunas revueltas en contra de los judíos a los que se les acusaba de cualquier cosa.

El judío miró con interés al muchacho que con gesto huraño se pasó la mano por la cara.

-Creo que necesitas un buen baño, ¿no te parece? Para ser un hombre de provecho hay que estar bien comido y bien limpio, eso ayuda a que el espíritu se sienta cómodo.

Juan no contestó pero tampoco hizo falta, el judío le agarró por los hombros y se encaminaron por la empedrada calle hasta su casa.

El hogar del orfebre parecía humilde pero tras el alto muro encalado se escondía un patio interior con un cuidado jardín y una fuente de la que manaba agua constantemente. La casa se distribuía alrededor del patio en diferentes estancias a dos alturas, sin excesivos lujos pero con gran comodidad y exquisita decoración. Adyacente a la casa se encontraba el taller del orfebre, muy limpio y todo colocado con orden extremo.

El muchacho dirigió al orfebre una mirada huidiza, sus ojos delataban rencor y desconfianza.

-Vamos muchacho, voy a enseñarte dónde vas a vivir.

Cogiendo al joven por el cogote hizo que le acompañara al cobertizo donde se guardaban las herramientas.

-Aquí podrás dormir y en la cocina de la casa te darán de comer. Aprenderás un oficio y tendrás un sitio donde resguardarte, creo que es mejor que vivir en la calle robando y a la espera de que en cualquier momento te lleven a la cárcel, ¿no te parece?

Juan volvió a mirar al hombre, tanta amabilidad le parecía muy extraño, si le hubiera azotado y cortado una oreja se hubiera sentido mejor pero todo aquello le tenía desconcertado, no estaba acostumbrado a que nadie hiciera algo por él.

Desde que había nacido huérfano, su vida se había desarrollado entre la suciedad, golpes y desprecios, quizás ahora tenía delante de él una nueva vida. Esbozó una sonrisa que por la poca costumbre quedó en una mueca.

-Ahora quiero que entres y te bañes, después cenarás y te acostarás. Mañana empezaremos la jornada muy pronto, tienes mucho que aprender. Seguro que eres un chico listo y sabes lo que te conviene por eso espero que seas leal conmigo y yo confiaré en ti. No habrá puertas cerradas, podrás marcharte cuando quieras, pero si lo haces no tendrás una oportunidad como esta.

Juan entendió aquello, asintió con la cabeza y entró en la cocina donde la gruesa cocinera que desplumaba un pollo arrugó la nariz al verle y olerle. A su lado una bonita muchacha, un par de años mayor que Juan, que limpiaba verduras le miró de arriba abajo con precaución.

-Padre, ¿tu crees que está bien?, ¿no nos robará?- preguntó sin importarle que Juan la oyera. Tenía la boca pequeña y sonrosada y los ojos aunque un poco juntos denotaban inteligencia. Vestía con sencillez y a Juan le pareció extraño que la hija del orfebre se encontrara en la cocina como una vulgar criada. La miró con igual descaro deteniéndose en sus pechos ya formados y en la redondez de sus caderas.

-No lo sé Sara, pero es de caridad dar una oportunidad- contestó el judío manteniendo su mano sobre los hombros de Juan en actitud paternal.

-¿Te refieres a caridad cristiana?- preguntó irónica la muchacha mientras se acercaba a su padre.

-Caridad de cualquier religión- respondió sonriendo mientras que con la mano libre acariciaba el sedoso cabello castaño de su hija.

Limpio y bien comido Juan tenía otro aspecto, la cocinera movió afirmativamente la cabeza en señal de aprobación, ahora incluso se podría decir que era un muchacho guapo con el cabello negro peinado y unos ojos de color azul oscuro que tenían un brillo que dejaban entrever que había algo en su interior a lo que sería muy difícil llegar. Tenía los pómulos demasiado marcados pero después de comer todos los días su cara se rellenaría y tampoco se le notarían las costillas. Incluso Sara se fijó en aquel cambio y le miró con interés a pesar de la desconfianza que le producía.

Aquella noche durmió como un rey, nunca había tenido un jergón y estaba acostumbrado a la dureza del suelo o como mucho había dormido en un pajar, pero aquello era mucho mejor, tenía una manta y el taller estaba limpio y sin humedad, miró a su alrededor y se dijo a sí mismo que todo aquello estaba muy bien y que había tenido mucha suerte en robar a aquel judío.

La vida en casa de Abraham Mossem no tenía nada de inactiva, desde muy de mañana y tras un desayuno a base de pan, leche y miel, el hombre se instalaba en el taller y no salía de él nada más que para la hora del almuerzo y luego continuaba hasta bien entrada la noche, incluso si tenía

algún encargo para algún señor importante podía pasarse toda la noche hasta que terminaba la pieza. Sin embargo, el anciano converso solía ponerse enfermo los sábados y no trabajaba, decía no sentirse con fuerzas después de la dura semana, el aprendiz sospechaba que en realidad Abraham Mossem celebraba el sabbath que no permitía trabajar en sábado. Esos días solía encerrarse en el taller y Juan había observado desde el cobertizo donde dormía que avanzada la noche recibía visitas y se escuchaban palabras en lengua extraña, probablemente se reunía en secreto con otros falsos conversos para celebrar sus ritos a cubierto de ojos indiscretos. A Juan todo aquello no le importaba, poco a poco se había integrado en aquella casa y aunque no podía decirse que era parte de la familia, era verdad que la cocinera y los mozos le trataban como si estuviera más cerca del señor que de ellos mismos, quizás fuera porque no se relacionaba con el grupo de sirvientes, en realidad no se relacionaba con nadie, pero no podía evitar mirar a Sara cuando esta parecía no darse cuenta. Hubiera deseado poder confeccionar una joya digna de su belleza, pero eso estaba muy lejos de él, solo se ocupaba del trabajo duro: fundir los metales y refinarlos. Sara también trabajaba en el taller y eso a Juan le parecía sumamente extraño, una chica no podía realizar las mismas labores que un hombre, aunque ella era lista y muy dispuesta y lo mismo trabajaba duramente en el taller que bordaba un delicado pañuelo o ayudaba a la cocinera a hacer la comida cuando había invitados y tenían demasiado trabajo. Sara se encargaba de tallar las piedras preciosas entre mirada y mirada a Juan, y su padre engarzaba, diseñaba y realizaba los encargos más detallistas e importantes, además de supervisar todo el proceso.

Después de tres años en casa del orfebre, Juan había pasado de aprendiz a ayudante. Había aprendido rápido y Abraham Mossem estaba muy contento con él, era listo y dispuesto, no le asustaba el trabajo y era perfeccionista en extremo, peculiaridad que compartía con el orfebre. Recibía un pequeño sueldo y estaba bien considerado, se había ganado el respeto de todos aunque no su confianza. El muchacho seguía siendo hermético y su mirada azul continuaba huidiza, no hablaba con casi nadie y aunque en aquellos tres años se había abierto un poco, Sara era la única persona con la que le gustaba estar pero ella apenas hablaba con él. Juan tenía dieciséis años y Sara casi dieciocho, no entendía por qué no se había casado aún, era bonita y tenía muchos pretendientes y ella disponía de una buena dote. Si Juan hubiera tenido algo más que ofrecer que un miserable sueldo de ayudante también la hubiera pretendido pero eso era imposible y el saber que nunca podría estar al nivel de Sara le hacía ser más huraño y más hermético.

A veces le atenazaba la idea de que Sara llegara a casarse o el judío muriera, ¿qué sería entonces de él? Probablemente prescindirían de su labor, pero ¿quién se haría cargo del taller de orfebrería? Si fuera él quien se casara con Sara todo aquello podría ser suyo, quizás fuera por eso por lo que la joven aún no había aceptado a ninguno de sus pretendientes, quizás estuviera esperando a que él se lo pidiera. ¡Claro!, había sido un estúpido, tenía que pedirle matrimonio a Sara.

La aleación de metales era algo que le fascinaba, ya la fundición le parecía algo mágico, poder hacer que el oro y la plata se hicieran líquidos era algo que nunca había llegado a imaginar, pero estaba claro que siendo así podía conseguir que se modelasen a su antojo. Abraham Mossem era

un experto en todo aquello, incluso investigaba nuevas técnicas de aleación y le encantaba enseñar todo aquello a Juan.

-¿Te has dado cuenta de cómo funde el oro y la plata? Es como un rito, hay que hacerlo siempre igual y siguiendo los mismos pasos para no romper el encanto.

-Sí, lo bueno sería encontrar ya los elementos fundidos.

-¡Jajaja!, claro, eso nos evitaría trabajo.

-Sí, aunque lo mejor sería conseguir transformar todos los metales en oro, o mejor, cualquier metal en oro, sería fantástico.

Abraham se quedó impresionado con lo que había dicho el joven.

-¿Sabes de lo que estás hablando, jovencito?- dijo en tono solemne. Ante la negativa de Juan se agachó y le susurró al oído.

-Ese es uno de los principios de la alquimia.

El muchacho se sobresaltó, la alquimia era cosa del demonio, eso había oído decir. La Inquisición Eclesiástica, precursora de la que años después sería el Tribunal de la Inquisición, perseguía aquellas prácticas como perseguía a las brujas. Últimamente la Iglesia perseguía cualquier indicio de herejía o práctica poco cristiana.

Abraham no pudo más que reírse ante la cara de miedo del joven.

-Eso es algo muy malo, ¿no?- preguntó con un hilo de voz y el miedo marcado en sus ojos azules.

-Vamos, vamos; se puede decir que sería algo bueno que a todo el mundo le gustaría conseguir pero que en realidad es prácticamente imposible.

-¿Vos lo habéis intentado?

-Bueno, todo buen orfebre ha tenido alguna vez esa obsesión, se abaratarían los costes, además que sería una fuente inagotable de riqueza- contestó con un brillo apasionado en sus ojos en los que Juan creyó advertir una chispa de secreta satisfacción- Bueno, se acabó la cháchara, vamos a cenar, esta noche hay cordero aromatizado con especias, no querrás perdértelo, ¿verdad?- dijo dando por finalizada la charla y mirando a su alrededor como esperando que nadie hubiera escuchado aquella conversación.

Aquellas afirmaciones dejaron inquieto a Juan. Estaba claro que el orfebre estaba realizando prácticas heréticas, seguro que intentaba obtener oro mediante la alquimia. En realidad a él también le gustaría. Fantaseó con la posibilidad de ser rico, enormemente rico, eso supondría poder tener los recursos necesarios para poder pedir la mano de Sara aunque todo aquello suponía un gran riesgo: si alguien se enteraba de su conversación con el anciano y sus prácticas podría denunciarle a la Inquisición Eclesiástica.

Sara fruncía el ceño y soplaba para apartar lo mechones que le caían por la cara. Era un gesto muy suyo que a Juan le encantaba. Llevaba tres años viviendo en casa del judío, trabajando codo a codo con Sara, pero esta seguía reticente y apenas le dirigía la palabra, le trataba casi como a un criado y eso le exasperaba.

Se creía superior y muy mayor por tener casi dieciocho años, hasta entonces había rechazado a todos los pretendientes y Juan pensaba que podía ser por él pero ahora se daba cuenta de que no era así, desde hacía unas semanas un joven acudía todas las tardes a sentarse con ella en el borde de la fuente y pasear por el jardín. Algunas veces el muchacho les había espiado y había

visto como se reían y ella coqueteaba e incluso se había dejado coger la mano, estaba claro que el joven don Diego era del agrado de Sara y de su padre ya que le permitía visitar a la joven e incluso cenar con ellos dentro de la casa, algo que nunca habían hecho con él en aquellos tres años. Juan se sentía ofendido y despreciado, todo aquello daba al traste con todas sus expectativas. A don Diego no le importaba el taller de orfebrería ya que él era caballero del conde y su mayor preocupación eran los caballos y la vida de la guarnición.

Durante aquellos tres años Juan no había sido ajeno a todo lo que ocurría en la casa del judío. Abraham Mossem se había relajado en sus precauciones y no se ocultaba tanto a la hora de reunirse con otros conversos para realizar sus ritos del sabatth. También sabía que en el sótano tenía una especie de laboratorio en el que había diferentes y extraños tubos, matraces, alambiques y frascos de cristal sobre infernillos, le había espiado muchas noches y sabía que realizaba experimentos de alquimia y no le extrañaba que tuviera pactos con el demonio en los que participaban también sus amigos. Sabía todas sus rutinas: las compras, las ventas... y sabía que no se correspondía el oro que compraba con la cantidad de joyas que hacía, ¿de dónde lo sacaba? Juan no era tonto y estaba convencido de que el orfebre había conseguido la fórmula con la que conseguir transformar cualquier elemento en oro. Lo que le extrañaba sobremanera era las periódicas visitas de una extraña mujer que vestida de negro por completo entraba por la puerta de atrás para evitar miradas indiscretas. En un principio creyó que debía ser una mujer pública cuyos servicios solicitaba el judío aunque pronto desdennó aquella hipótesis, aquella mujer no parecía una ramera y el hombre la trataba con gran deferencia, casi con devoción. Permanecía apenas un par de días en la casa y se pasaban la mayor parte del tiempo en el laboratorio del sótano. Nadie sabía de lo que hablaban ni lo que hacían, pero pasados los tres días la mujer se marchaba para volver a los dos meses exactos.

La bofetada que le dio Sara el día que la intentó besar le dolió más en el orgullo que en la cara y ni siquiera la pedrada que había dejado aquella cicatriz en su ceja le ardió con tanta intensidad.

-¿Te vas a casar con ese petrimete que lo único que sabe hacer es pavonearse a caballo?- le preguntó con descaro.

-Sí, me voy a casar con él, ¿no pensarías alguna vez que podría enamorarme y casarme contigo?- dijo con desprecio- No eres más que un criado, un mendigo que mi padre recogió de la calle y si no fuera por nosotros te hubieras muerto de hambre. Nunca me casaría contigo, no eres lo suficientemente digno. Y si vuelves a tocarme alguna vez haré que te azoten.

“Eso lo veremos”- murmuró para sí Juan- “Puede que sea yo el que vea como te azotan a ti”.

El odio y el rencor empezaron a apoderarse de él. Se daba cuenta que nunca pasaría de un vulgar ayudante y que Abraham Mossem no lo consideraba su digno sucesor y que su altiva hija estaría encantada si le echaran de allí. Era probable que cuando se casara y su padre muriera le echara ella misma. No podía consentirlo. Su mirada se volvió más torva, su cabeza no se levantaba apenas del suelo y su conversación menguó hasta utilizar solo monosílabos.

Pensaba mucho y por fin tomó una determinación: se iría antes de que le echaran y se establecería por su cuenta aunque aquello era sumamente difícil ya que no estaba seguro de que le dejaran

entrar en el gremio de orfebres, tampoco tenía el suficiente dinero para comprar metales ni piedras preciosas, pero contaba con algo a su favor: podía conseguir la fórmula para transformar el hierro en oro, sabía como lo hacía Abraham, había memorizado todos los pasos cuando le espiaba: los cambios de matraz, el punto de ebullición, las disoluciones y el paso por las diferentes aleaciones.

El verano caluroso había dado paso a un otoño templado en el que los árboles se iban tiñendo de diferentes marrones y ocres. Don Diego había estado varias semanas sin aparecer por casa del judío ya que sus obligaciones para con el conde le habían mantenido ocupado. Fue el único momento en el que Juan se sintió bien, deseaba fervientemente que muriera en algún accidente a caballo o que le hirieran en alguna disputa. Miraba de reojo a Sara y esta a él, desde el día de la bofetada no habían vuelto a hablarse, ella estaba arrepentida de sus palabras y sabía que había sido muy dura con el joven y ansiaba poder decirle que lo sentía, pero Juan no le daba oportunidad, se limitaba a realizar su trabajo y ayudar a Sara cuando esta lo solicitaba pero el roce de su cabello ya no le impresionaba, su corazón se había endurecido y solo esperaba una oportunidad para conseguir su objetivo.

Don Diego regresó una tarde que Juan se encontraba descansando.

-Tú, coge mi caballo y dale de beber- dijo con altanería sin desmontar de su corcel y tratándole como un criado.

-Eso lo puede hacer uno de los sirvientes- rezongó malhumorado.

-¿Es que tú no lo eres?- preguntó extrañado.

-No, yo soy ayudante, casi un oficial de orfebrería- contestó con orgullo.

-¡Jajaja!, no me hagas reír, muchacho- dijo a pesar de que tan solo debía tener unos tres años más que él- He dicho que des de beber a mi caballo, ¡deprisa!

-¡He dicho que no soy un criado!- replicó levantándose y elevando la cabeza con altanería.

Don Diego desmontó y con gesto de enfado se acercó a Juan y le abofeteó varias veces justo en el momento en que llegaba Sara al jardín y se percataba de toda la escena.

Aquello era más de lo que Juan podía aguantar, se sentía humillado más porque Sara le lo había visto que por las bofetadas de don Diego.

-No llevaré el caballo- dijo con altivez y sin arredrarse.

El joven le volvió a abofetear y Sara corrió hacia los dos.

-¡Quieto!, ¡no le pegues más!

-No quiere llevar mi caballo a la cuadra- argumentó como si aquello fuera la cosa más increíble que había oído nunca.

-Juan, vete al taller- dijo Sara para intentar detener la disputa.

-No soy un criado- contestó él nuevamente.

-¡He dicho que te vayas!- ordenó Sara exasperada para evitar que don Diego se enfadara más, sin embargo Juan no lo entendió así y se sintió humillado nuevamente al tener que obedecer las ordenes de Sara como si fuera su señora.

-¡Pagareis por esto los dos!, ¡lo juro! Algún día lamentareis lo que habéis hecho- gritó con odio mientras se marchaba.

Se fue hacia dentro y fue un consuelo para él que no le vieran llorar pero su odio se había acrecentado hasta límites insospechados. Lo tenía claro: robaría el secreto de Abraham y se establecería por su cuenta. Aunque bien pensado.... ¿por qué empezar de nuevas cuando ya había un taller tan bueno como aquel? Sabía lo que tenía que hacer para conseguir el taller... y la casa y todo. Sonrió maliciosamente, aquella gente no se merecía otra cosa... sí, sabía lo que tenía que hacer y lo haría.

El alguacil de la Inquisición Eclesiástica se presentó de improviso con dos soldados en la casa de Abraham Mossem un sábado. Había sido denunciado por ser un falso converso, realizar prácticas judaizantes y de alquimia junto con otros en el sótano de su casa, además de tener contacto con el demonio. Se encontraron a Abraham, a Sara y algunos vecinos celebrando el sabatth en el sótano y justo al lado una sala llena de frascos y matraces. El judío pidió saber quién le había acusado pero aquello era imposible de saber, la identidad del acusador y testigo era protegida, aún así se había investigado a Juan y no daba muestras de tener nada en contra de su señor, así que se dio por sentado que actuaba de buena voluntad y como buen cristiano cuya moral no le permitía seguir viviendo en aquel antro de constantes herejías.

Abraham se negó a confesar sus contactos con el demonio y sufrió tormento hasta la muerte, su hija Sara fue azotada para que confesara las orgías y las misas negras que se realizaban en el sótano de su casa para agradar a Satán y fue quemada en la hoguera con otras acusadas por brujería. Además de la casa y el taller, Abraham Mossem tenía terrenos y otros bienes que muchos no sabían pero que fueron confiscados y tal como dictaba la ley, por haber delatado todos los bienes ocultos que tenía, le fue otorgado un tercio de estos al acusador: Juan Expósito.

El otoño había hecho desaparecer las flores del jardín de la casa cuando Juan ocupó la cómoda estancia de Abraham. La inquisición se había quedado con los numerosos terrenos y ganado de los que se obtenían buenos beneficios, el aprendiz del judío quedó contento cuando le dieron la propiedad de la casa y el taller, no quería nada más. Se sentía como un verdadero señor, todo aquello era suyo, la iglesia le había recompensado bien por haber delatado al falso converso. El apresamiento y posterior castigo de alguien tan importante como el famoso orfebre había servido de escarmiento para muchos otros y ahora Juan a sus dieciséis años y medio se encontraba en posesión de todo aquello. Lo gozó por unos días disfrutando de todas las comodidades, para su sorpresa la mullida cama le resultó demasiado blanda y llevar anillos en sus dedos le resultaba algo incómodo, aún así le encantaba verse de aquella manera, pero su mayor ambición era la transformación en oro de los metales vulgares. Se internó en el apasionante mundo de la alquimia, recordaba todo el proceso, sin embargo muy pronto su ánimo empezó a decaer: debía haber algo que no hacía bien puesto que no conseguía los mismos resultados que su maestro. A todo esto se unió el que los nobles ya no acudían al taller como antes, el prestigio de Abraham había acabado con su muerte y a nadie le interesaba ya acudir a Juan que no había pasado de un mero ayudante. Los nobles se decantaron por otros artesanos y el negocio fue decayendo. El joven abandonó el taller y despidió a los mozos, tan solo la cocinera quedó al cuidado de la casa mientras que el joven pasaba noche y día encerrado en el laboratorio haciendo pruebas y más pruebas hasta que un día, hastiado y furioso tiró los matraces de un manotazo. ¿Qué era lo que faltaba?,

¿qué?, ¿algún componente?. Juan se acarició pensativo la cicatriz de la ceja, pensó y pensó hasta que de pronto lo vio todo claro... aquella mujer que venía cada dos meses... seguro que ella tenía el componente que faltaba. Ella no sabía nada de lo que había pasado, por lo tanto acudiría a su cita con Abraham con normalidad pero a quien encontraría sería a Juan y a él tendría que confesarle el secreto. Si sus cálculos no fallaban la mujer tendría que llegar la semana próxima, se armaría de paciencia hasta entonces y lo tendría todo preparado.

Al descansar de su trabajo en el laboratorio se dio cuenta de lo dejado que estaba todo, la casa necesitaba reparaciones, la cuadra estaba sucia y por el taller correteaban las gallinas. Tuvo un momento de nostalgia al recordar el jardín en toda su floración con Sara sentada en el borde de la fuente, su risa cristalina y su cabello que a la luz del atardecer tenía todos los matices del otoño, pero aquello duró un instante tan solo, se merecían lo que les había pasado. Habían pagado por tratarle como un vulgar criado sin respeto alguno.

Los colores cálidos del otoño habían dejado paso a un invierno crudo que había convertido el jardín de Abraham en un esqueleto de ramas desnudas. La mujer vestida de negro estaba más acostumbrada a la lluvia que al frío extremo y sus ropas tampoco colaboraban para mitigarlo, no era tan mayor como Juan imaginaba pero sus ropas le hacían aparentar más edad. Entró en la bulliciosa Toledo tan diferente a su cabaña del bosque donde vivía, le gustaría poder llevar a su hija con ella en alguno de sus viajes aunque aún era demasiado joven, pero en un par de años irían juntas. Le era muy grato reencontrarse con su buen amigo Abraham Mossem, hablar de sus mutuos descubrimientos y dejarle algún unguento para aliviar sus dedos reumáticos.

Nada más torcer la calle en donde se encontraba la casa del judío tuvo un pálpito. Se quedó quieta observando: las paredes no estaban encaladas y la entrada al taller estaba huérfana de clientes, aquello no era normal. Agarró el brazo de una mujer que pasaba por allí.

-¿Sigue viviendo aquí el orfebre Mossem?

-No, ya no, la Inquisición lo detuvo por falso converso y tratos con el demonio- dijo la mujer santiguándose.

-Vaya... ¿entonces está encarcelado?

-Ya no, murió mientras sufría tormento, al igual que su hija Sara, se negaron a confesar.

La anciana quedó tan sorprendida que no acertaba a articular palabra.

-¿Era usted pariente o amiga?- preguntó con intención la mujer mirándola con desconfianza.

-No, no- dijo asustada- Venía a recoger un anillo que mi señora encargó hace tiempo.

-¡Ahh!, bueno, ahora está todo abandonado pero entre y pregunte, el mozo que trabajaba de aprendiz es el único que vive ahora en la casa.

La anciana agradeció la información, pero no iba a llamar a la casa, sabía perfectamente como actuaba la Iglesia, probablemente el aprendiz era el que lo había delatado, recordaba a aquel muchacho y nunca le había gustado su mirada torva. Era mejor para ella dar media vuelta y olvidar que alguna vez estuvo allí, si la relacionaban con Abraham sería posible que ella también acabara ante un tribunal inquisitorial.

Echaría de menos al viejo judío que siempre la había tratado con deferencia, juntos habían descubierto muchas cosas, cosas importantes, eran dos alquimistas que habían decidido aunar sus conocimientos para obtener logros importantes, ahora estaba sola, ¿con quien iba a compartir

sus descubrimientos? Su hija era muy joven aún para entender lo que suponía todo aquello, ella era la heredera de todos sus conocimientos, de los suyos y los de todas sus antepasadas, toda una estirpe de mujeres sabias que obtenían su saber ancestral de la Naturaleza y que ella había ampliado con los conocimientos de Abraham. Chasqueó la lengua con una mezcla de rabia y resignación y dio media vuelta.

Juan se impacientaba a medida que pasaban los días, ¿dónde estaba aquella maldita mujer?

-María, ¿no ha venido la mujer que solía visitar a Abraham?

La cocinera movió la cabeza negativamente mientras amasaba con fuerza sobre la mesa.

-Quizás se haya enterado de que ya no vive aquí- dijo con tono malhumorado. Desde que la Iglesia había apresado a su señor ella se había mantenido distanciada, no tenía ninguna simpatía por aquel joven al que consideraba un traidor y una mala persona que había vendido al hombre que le había sacado del arroyo y le había dado de comer, además de una oportunidad en la vida. Era un desagradecido y esperaba sinceramente que tuviera un merecido castigo.

-¿No le habrás avisado?- preguntó Juan entrando en la cocina para horror de María que consideraba aquella estancia como sus dominios. Cogió un pequeño trozo de pan y lo mordisqueó descuidadamente esperando la contestación de la cocinera.

-No, yo no conozco a esa mujer, solo la he visto un par de veces- respondió nerviosa amasando con más fuerza aún como si aquello tuviera la capacidad de dotarla de una fuerza extra para enfrentarse a las preguntas de su nuevo señor.

-Yo la vi el otro día- dijo uno de los proveedores que acababa de entrar con un cesto de verduras y se secaba el sudor de la frente.

-¿Cuándo?- preguntó Juan con interés tirando al suelo el trozo de pan que mordisqueaba.

-Ayer mismo- contestó el muchacho que no tendría más edad que Juan.

-¿Y por qué no vino?-preguntó en voz alta.

-Yo creo que le dijeron que Abraham ya no estaba y se largó a toda prisa- dijo el mozo.

-¿Por qué a toda prisa?

-Es una bruja, tendría miedo de acabar igual- contestó encogiéndose de hombros.

-¿Tú sabes dónde vive?- preguntó esperanzado.

-Ni idea, pero creo que viene de muy lejos, del norte, por el Camino de Santiago.

-Rafael, coge esos cestos y llévatelos- dijo María enfadada porque el muchacho diera tanta información.

Juan tuvo un atisbo de esperanza.

-¿No sabrás su nombre?

El mozo se encogió de hombros.

-Creo que ella si lo sabe- contestó señalando a María.

-Se llama Iria- murmuró de malos modos la cocinera sabiendo que sería inútil negarse a decírselo.

-¡Bien!- exclamó henchido de satisfacción Juan que salió de la cocina apresuradamente.

-Ojalá la encuentres y te mande directamente al infierno...- murmuró llena de odio la cocinera.

El joven alquimista ya tenía por donde empezar, necesitaba a aquella mujer que estaba llena de secretos. Ahora sabía su nombre y de dónde venía, probablemente sería conocida, pero ¿estaría ella presta para contarle lo que sabía? No podía llegar hasta ella y exigirle sus conocimientos, podía negarse fácilmente, ¿qué era lo que tenía que hacer?

Lo que en un principio pensó que sería fácil no lo fue tanto, por mucho que preguntaba nadie le daba razón de Iria, quizás porque no la conocían o porque temían que la relación con una bruja pudiera causarles problemas con la Iglesia. Juan se metió de lleno en el taller, pero no para realizar joyas sino para experimentar con los matraces y los líquidos que había ocultado del laboratorio de Abraham Mossem pero no conseguía avanzar en ninguna dirección, en aquellos momentos en los que se sentía tan frustrado daba un manotazo y tiraba todo lo que había encima de la mesa. María oía los golpes y sonreía para sí, nunca había estado de acuerdo con las prácticas del judío pero le alegraba enormemente que aquel joven no consiguiera lo que pretendía.

Casi no comía ni dormía, no tenía con quién compartir sus investigaciones. Había sido un estúpido al entregar a la justicia a quienes podían haberle ayudado en sus estudios, estaba solo y así no conseguiría progresar. Tenía verdadera necesidad de conocimiento y él apenas sabía leer y escribir un poco, ¿qué podía hacer?, nadie le ayudaría, era un delator, nadie confiaría en él, ¿nadie?

¿Dónde se encontraba la sabiduría? Sin duda en la casa de Dios. Ellos contaban con libros. Allí iría, tenía que aprender muchas cosas. Donó la casa y el taller a la Iglesia y esta le aceptó en su seno.

La Iglesia continuaba inexorable su avance por la península para limpiar de falsos creyentes y herejes la fe verdadera aunque no sería hasta 1478 cuando se constituyera el Tribunal de la Santa Inquisición pero aquello no haría otra cosa que formalizar lo que ya ocurría. Los dominicos perseguían cualquier atisbo de pecado. Los juicios de faltas, escarmientos públicos y ejecuciones estaban a la orden del día. La gente de a pie temía a los dominicos más que al diablo, en especial temían a uno de ellos, inexorable en sus investigaciones, no concedía el perdón ni para las causas más mínimas.

El humo cada vez era más intenso y llenaba los pulmones de los ajusticiados haciéndoles toser. Lo peor vino después, cuando las lenguas de fuego comenzaron a roer sus vestimentas y luego sus cuerpos. El olor a carne quemada se hacía insostenible y los gritos de dolor inundaban los oídos de los asistentes desgarrando sus entrañas. Solo había una persona que permanecía impassible: Monseñor Expósito contemplaba como los herejes ardían sin inmutarse, cualquiera diría que la visión de la carne quemada retorciéndose de dolor le producía un secreto placer. Se pasó inconscientemente el índice por la cicatriz que tenía en una ceja y suspiró aliviado cuando los gritos cesaron. Los ajusticiados habían muerto confesando sus pecados, él había hecho lo que había podido por sus almas, en cuanto a sus cuerpos era necesario el tormento. Juan Expósito había tenido una carrera meteórica desde que tomara los votos veinte años antes. Se había convertido en monseñor y era amigo personal de Torquemada al que se consideraba alguien tremendamente influyente en la corte y con gran proyección e importancia en la Iglesia, fomentando la limpieza de sangre y purgando la fe verdadera. Por todo eso Monseñor Expósito era muy temido y respetado, nadie osaba discutir sus decisiones pues esto podía suponer una inmediata acusación de traición o algo peor. Era inteligente, había aprovechado los conocimientos

que le habían ofrecido, incluso los más ocultos, había desempolvado libros y manuscritos en los que gracias a sus conocimientos de latín y lenguas antiguas podía desentrañar fórmulas griegas y árabes de alquimia, medicina, matemáticas... Se había convertido en un erudito y en su falsa humildad pedía que le llamaran simplemente fray Juan, haciendo gala de una inexistente modestia. Ahora, con la excusa de librar al pueblo del demonio iba buscando brujas por todo el reino intentando descubrir a la que le interesaba de verdad. No había perdido la esperanza de encontrar a Iria aunque le atenazaba el temor de que hubiera muerto, habían pasado casi veinticinco años desde la última vez que viera a la mujer en Toledo.

Una jovencita de cabello castaño y ojos almendrados mantenía en alto un pequeño tarro de vidrio, su ambarino líquido se movía con la lentitud propia de su textura espesa como la miel pero con propiedades diferentes, muy diferentes. Aquel tarro lo guardaba su abuela como oro en paño pero desde hacía unos días lo tenía a mano y le había dicho muy seriamente que si se sentía en peligro se lo bebiera de un solo trago y huyera rápidamente sin dejar rastro ni de ella ni del tarro.

Fuera de la cabaña en la que vivían, una lluvia fina pero persistente caía casi sin hacer ruido limpiando el bosque y resaltando los colores de la vegetación dejándolos brillantes y jugosos. La cabaña se encontraba cerca de un dolmen y por eso se sentían protegidas. La anciana Iria instruía a su nieta en todos los conocimientos que la Madre Naturaleza le aportaba: sabía el nombre de las plantas que podían curar y las que resultaban venenosas, cuales eran los árboles que daban protección y las zonas del bosque de las que se tenía que apartar.

-¿Por qué no podemos atajar por allí?- solía preguntar Isabel señalando un oscuro paso entre los árboles.

-Allí no debes acercarte nunca, allí está la Peña do Inferno- le había dicho su abuela en numerosas ocasiones.

-¿Qué es la Peña do Inferno?- preguntaba curiosa.

-Un lugar lleno de energía negra- aseguró la mujer con un estremecimiento- es la puerta del Inferno.

-¿Y cómo es?- insistía la joven con normal curiosidad.

Su abuela dejaba entonces de machacar raíces y la miraba con atención y cierta inquietud.

-Mi pequeña Bel- que era como la llamaba cariñosamente- eres tan curiosa como tu madre y eso no es nada bueno- dijo con el ceño fruncido.

A la joven siempre le gustaba que su abuela le contara cosas de su madre pues ella no había llegado a conocerla al morir durante su alumbramiento.

-¿Me parezco a ella?- preguntó.

Su abuela cambió ahora su gesto por uno más suave y le acarició el cabello.

-Claro que te pareces a ella, eres inteligente, bonita y con un corazón transparente, por eso debes tener cuidado y no dejar que nunca nadie te lo emponzoñe. Prométeme que nunca te acercarás a ese lugar- le decía seriamente y con el temor instalado en su rostro- a la Peña do Inferno

-No abuela, no te preocupes.

Pero Isabel soñaba con aquella Peña do Inferno imaginando un lugar lleno de misterio y monstruos. No era esa la única prohibición de su abuela, tampoco podía tocar el azabache, la piedra negra característica de la comarca. Se trataba de madera fosilizada que por su gran combustión solía utilizarse para hacer fuego pero también era muy apreciada por lo bella que era. Las gentes la utilizaban normalmente como amuleto contra las brujas pero su abuela la había explicado que ellas pertenecían a la clase de meigas blancas cuyo poder residía en la Naturaleza y no en las sombras del mal. Todas las mujeres de su estirpe habían sido afamadas y reputadas meigas de gran poder e incluso los elementos de la Naturaleza como el fuego, el viento y el agua se plegaban a sus deseos.

Ni acercarse a la Peña do Inferno, ni tocar el azabache, por todo lo demás Isabel era completamente libre en el bosque y la Naturaleza la protegía.

Las visitas de los vecinos del pueblo habían menguado mucho en los últimos tiempos aunque aún eran bastantes los que se acercaban a ella para pedir algún remedio contra las verrugas o una pócima de amor que aliviara sus cuitas.

-¿Por qué es tan importante este filtro, abuela?- insistió la muchacha mirando a través del ambarino líquido.

-Ya eres mayor Isabel- dijo su abuela llamándola por su nombre completo como hacía siempre en las conversaciones importantes- Ya tienes casi veinte años y eres mayor para entender las cosas. Corremos peligro, la Iglesia está por todas partes y es probable que nos descubran, en ese caso el líquido de este tarro será tu salvación.

-¿Y tú?- preguntó la joven con aprensión sentándose en el suelo a su lado.

-¡Ay mi pequeña Bell- dijo llamándola por aquel apelativo cariñoso por el que todo el mundo la conocía- Yo ya estoy vieja para huir y escapar- continuó con una sonrisa cansada mientras pasaba la mano por el cabello de su nieta que estaba sentada en el suelo y apoyaba la cabeza en su regazo- lo que sea, será. Pero tú eres joven, has atesorado todos mis conocimientos y tienes que vivir.

Abuela y nieta habían vivido siempre juntas en aquella cabaña del bosque comiendo lo que la naturaleza les ofrecía y ayudando a las gentes de la comarca aliviando sus dolores con ungüentos y remedios caseros. Nunca habían tenido ningún problema y la gente aceptaba su condición de meigas sin más temor pero en los tiempos revueltos que vivían donde había traidores y delatores detrás de cualquier esquina, el peligro de acabar en la hoguera de la Iglesia cada vez estaba más cerca y la anciana Iria tenía que velar por la seguridad de su nieta.

-Pero abuela, yo no voy a ir a ningún sitio sin ti. Si emprendemos el camino ahora mismo podríamos encontrarnos en un lugar seguro en un par de semanas- suplicó con los ojos brillantes por la expectativa del viaje.

-No cariño, mi camino termina aquí y no voy a ir a ningún sitio- dijo con tristeza- No puedo marcharme de aquí.

-¿Y por qué quieren acabar con nosotras?- preguntó inocentemente- No hacemos nada malo.

-Somos meigas Isabel, métetelo en la cabeza. Tenemos conocimientos y poder sobre los elementos de la naturaleza, podemos provocar tormentas, echar mal de ojo... podemos hacer muchas cosas malas, pero también buenas.

-Nunca te he visto hacer daño a nadie.

-Es cierto, pero tú tendrás que hacerlo. He visto tu futuro y sé que necesitaras de todos los conocimientos y embrujos que has aprendido para poder sobrevivir- confesó.

La muchacha estaba bastante desconcertada, sentía como si su abuela supiera más de lo que decía y como si estuviera a punto de terminarse aquella vida y empezar una totalmente distinta.

La lluvia dejó paso a un viento helado que abrió la puerta de par en par y apagó de golpe la llama de la vela sumiendo la cabaña en total oscuridad. La anciana Iria chasqueó los labios con malestar, no le gustaba todo aquello. El mal se estaba acercando antes de lo que ella pensaba.

La predicción de la anciana se cumplió. Una mañana en la que Bel estaba en el bosque cogiendo moras, el aguacil junto con un par de soldados apareció en la cabaña y se llevaron a la anciana. Cuando su nieta volvió y se encontró todo revuelto supo inmediatamente lo que había ocurrido, la cesta de moras se cayó al suelo desparramando el contenido; sentía un nudo en el pecho, quería llorar pero algo en su interior, una fuerza llena de calor y cariño que parecía emerger del centro de su corazón, la impulsaba a marcharse de allí y ser fuerte para emprender una vida en solitario, era la fuerza de su abuela la que la infundía aquel valor, pero antes de irse tenía que hacer algo.

Monseñor Expósito era un hombre de casi cuarenta y cinco años, de piel atezada por los largos viajes a caballo recorriendo la España cristiana, músculos prietos por el ejercicio y unos ojos de un azul profundo que daban miedo, su rostro atractivo tenía un halo de crueldad acrecentado por una cicatriz en su ceja. Cuando oyó el nombre de Iria por aquella comarca dio un respingo, casi había perdido la esperanza de encontrarla y en su interior un cosquilleo emergió, tenía que encontrarla, tenía que conocer sus secretos. Ahora que estaba tan cerca de ella no podía perder la oportunidad.

Se la presentaron con los grilletes puestos y la anciana perdió el equilibrio cayendo sobre las duras losas de la casa episcopal. Monseñor Expósito se mantenía sentado cómodamente en su sillón mientras contemplaba con asco a la mujer despeinada, malherida y casi sin ropa que se encontraba tirada en el suelo.

-¿Eres Iria?- preguntó secamente.

La anciana elevó su mirada ante él y un recuerdo golpeó su memoria como un latigazo. Reconoció en aquel hombre al muchacho de mirada torva que habitaba en la casa de Abraham Mossem.

-Si lo soy- dijo orgullosamente- y tú eres el huérfano que recogió el orfebre de Toledo, ¿no?- preguntó con voz lo suficientemente elevada para que el resto de los asistentes la escuchara. Muchos murmullos recorrieron la estancia.

Rojo de ira al recordarle sus orígenes, fray Expósito se levantó de la silla y se acercó a grandes zancadas a la anciana, se agachó y la levantó en vilo por un brazo. Muchos pensaron que la mataría de un solo golpe.

-No eres más que una bruja, jarrepiéntete de tus pecados!

-Yo no tengo pecados, al menos no de los que se me acusa.

-¡Sacrilega!- exclamaron varias voces.

-Haz lo que quieras conmigo, estoy dispuesta para la hoguera.

-No dudes que acabarás en ella, pero primero tienes que darme alguna información- dijo en voz baja.

La anciana le miró con extrañeza, ¿Qué podía saber ella que interesaba tanto a aquel hombre? Una idea pasó veloz por su mente y la recogió con una sonrisa.

-Quieres los secretos de Abraham, ¿no es cierto?

Fray Expósito miró a ambos lados, no quería que nadie le oyera y despidió al resto de los asistentes, quería hablar con la vieja a solas.

-Abraham y tú conseguisteis la piedra filosofal, ¿no es cierto? Estoy convencido de que hay alguna manera de conseguir que cualquier metal se convierta en oro, Abraham lo hacía pero yo no pude conseguirlo, sé que falta un elemento y sé que tu lo sabes. Dímelo y seré magnánimo contigo.

-Claro que lo sé, pero transformar cualquier metal en oro es algo insignificante con lo que descubrí años más tarde- murmuró con una sonrisa de satisfacción en sus ojos nublados por las cataratas- Algo que nunca te diré.

-¿Qué es?- preguntó anhelante. Los años de estudio en la Iglesia le habían dotado de un ansia de conocimientos, era un erudito y cualquier descubrimiento era comparable a un tesoro, ¿qué sería lo que Iria había descubierto y era más importante que transformar en oro cualquier metal?

En aquel momento el poder había pasado de una mano a otra, ya no estaba en las de monseñor Expósito, ahora estaba en manos de una anciana con grilletas.

-Iria, tengo poder, podría ayudarte a escapar de aquí, ¿por qué no me lo dices?

-Es algo mucho más importante que el convertir el hierro en oro, mucho más importante- anunció abriendo los ojos y hablando a escasos centímetros de la cara del sacerdote- pero no eres digno de conocerlo, de tener en tus manos ese poder. No creo en tus promesas, tú vendiste a Abraham, ¡eres un traidor!- dijo escupiéndole en la cara.

La actitud de Monseñor Expósito cambió, se levantó y se limpió la cara.

-Morirás en el peor de los tormentos y veré como tu cuerpo se retuerce con el fuego-dijo con odio- pero antes me dirás lo que quiero, ¡guardias! ¡Llevad a esta mujer al potro de tortura hasta que hable!

Los dos guardias se miraron con estupor, en las condiciones en las que se encontraba la anciana el potro sería para ella mortal en cuestión de un par de horas, aún así no dijeron nada y se limitaron a cumplir las órdenes recibidas.

Se llevaron a la anciana a las mazmorras pero durante mucho tiempo la risa triunfal de Iria le martilleó en sus oídos.

-Es una meiga muy conocida, han sido muchos los que la han delatado- dijo una voz a su espalda. Fray Expósito se volvió y se encontró con la oronda figura del sacerdote Castiello que miraba un plato con fruta.

-¿Y por qué vos todavía no la habíais arrestado?- preguntó con enfado mientras veía como el sacerdote cogía unas cuantas uvas del frutero de la mesa y se las comía con avidez.

-Bueno...- intentó tragar rápidamente para responder- ha sido muy difícil dar con ella, se ocultaban en el bosque...

-¿Se ocultaban?, ¿quiénes?

-Con su nieta Bel, una muchachita muy bonita pero sin duda criada como una salvaje-comentó el sacerdote relamiéndose lujuriosamente.

-¿Y dónde está ahora?- preguntó observando con asco como el sacerdote se metía en la boca otro puñado de uvas y el dulce jugo resbalaba por su barbilla.

El sacerdote se encogió de hombros.

-¿Me estáis diciendo que esa muchacha está libre? ¡Quiero que la traigan inmediatamente!- gritó- Monseñor Torquemada quedará muy sorprendido al saber que en esta comarca galaica el perseguir a las brujas ha sido algo dejado en segundo plano porque su sacerdote estaba muy ocupado en Dios sabe qué asuntos.

La amenaza surgió el efecto deseado, el sacerdote Castiello se chupó los dedos apresuradamente y se los terminó de limpiar en la sotana. Su rostro se tornó blanco y salió de la estancia con rapidez.

¿Qué sería más importante que convertir cualquier metal en oro?, la piedra filosofal tenía esas propiedades pero también... ¡la vida eterna! Su extrañeza ante aquella idea se traslució en su ceño fruncido, ¿sería acaso posible? Se paseó nervioso por la estancia, tenía que encontrar a aquella muchacha, si las palabras de la anciana eran ciertas había presentido su propio final y sería muy posible que le hubiera transmitido a su única descendiente sus conocimientos.

La anciana resistió al tormento más de lo que hubieran imaginado, se negó a decirle a aquel sacerdote pretencioso cualquier secreto, sus labios quedaron sellados y no dijo ni una palabra en su defensa por lo que fue condenada a morir en la hoguera.

Antes de huir a otro lugar Isabel quiso despedir a su abuela en su último día en este mundo. Sabía que había sido condenada a morir en la hoguera y quería mandar su amor y fuerza para que superara aquel momento lo más rápidamente posible. Asistió a la horrible muerte de su abuela entre las llamas escondida entre la gente, lloró amargamente y buscó entre los asistentes al causante de aquello y cuando encontró a aquel sacerdote de ojos azules oscuros supo que era él, y sobre ellos fijó lo suyos cálidos y castaños con tal intensidad que a Monseñor Expósito no le quedó más remedio que volverse como atraído por una fuerza invisible que le obliga a ello. Ambos se miraron durante unos segundos grabando a fuego el rostro del contrario y el sacerdote al punto se dio cuenta de que la muchacha que le miraba con tanta intensidad era una bruja y probablemente sería la nieta de Iria.

El dominico apartó a la multitud que le rodeaba intentando llegar a la joven ante el estupor de la gente pero cuando llegó al sitio donde se encontraba, la muchacha ya se había marchado. Rápidamente ordenó a los soldados que persiguieran a aquella muchacha. Lo primero era registrar la casa del bosque, tal y como Bel había imaginado que harían.

Parecía como si el propio bosque conspirara contra la Iglesia para impedir que encontraran la pequeña cabaña. Las ramas se habían entretejido de tal forma que les costaba mucho avanzar y a veces los caballos se encabritaban cuando la niebla les envolvía y les impedía ver más allá de dos palmas. Por fin, y con mucho esfuerzo consiguieron llegar al claro del bosque en el que se encontraba la cabaña como una isla en medio de la vegetación. Fray Juan Expósito desmontó y les dio orden a los soldados que no entraran aún. Quería estar solo con la muchacha, sería muy fácil convencerla, apenas era una cría. Le sorprendió encontrarla sentada en el suelo tan tranquila

pero cuando se acercó a ella se paró en seco, se encontraba dentro de un círculo blanco pintado en el suelo, tenía las manos juntas en su regazo y parecía tranquila.

-Vaya, vaya, nos ha costado mucho dar contigo- dijo Monseñor Expósito intentando usar un tono de voz agradable. La observó de cerca sin llegar a pisar el círculo. Tenía el cabello castaño y los ojos dorados y almendrados, su piel era muy fina y sus labios carnosos, era una pena que aquella preciosidad tuviera que arder en el infierno.

-Eres Bel, ¿verdad?, ¿Por qué no has huido?- preguntó con una mezcla de ansiedad y asombro al ver que la muchacha no se inmutaba con su presencia.

-Quería verte de cerca- le replicó descaradamente la muchacha sin apartar la vista del hombre.

-Pues aquí me tienes, ahora solo tienes que venir conmigo y arrepentirte de todos tus horribles pecados, me dirás todo lo que quiero saber y habrá acabado todo- dijo intentando que sus palabras sonaran creíbles- Tu abuela me dijo que tu me dirías su secreto. Intenté ayudarla pero sus pecados eran demasiados para salvarla. Debes confesarte conmigo y contármelo todo.

-Iré a la hoguera yo también, ¿no es cierto?- preguntó sin moverse y sin creer las palabras que decía el sacerdote.

-Te prometo que si colaboras conmigo tendrás una muerte sencilla y te ahorraré el suplicio de las llamas- dijo sabiendo que llegados a ese punto solo la verdad podría ayudarle con aquella osada muchacha. Extendió su mano en actitud conciliadora animando a Isabel a que saliera del círculo que no se atrevía él a cruzar.

Por un momento pareció que Isabel titubeaba pero cuando el sacerdote creía que aceptaría, la muchacha esbozó una sonrisa de satisfacción. El eclesiástico vio como la joven sacaba un pequeño frasco que había mantenido oculto en su regazo y bebía el ambarino líquido que contenía. Al instante un relámpago iluminó toda la estancia mientras que un espeso humo se apoderó del lugar haciendo totalmente imposible ver algo. Una fuerza invisible empujó al sacerdote contra la pared derribándole y dejándole semiinconsciente, tan solo pudo oír la voz llena de fuerza de la muchacha mientras él se sentía desmayar.

-¡Pagarás muy caro lo que has hecho, yo te maldigo en el nombre de todas las brujas que desde el más allá claman venganza!- En ese momento Isabel tomó conciencia de su verdadera naturaleza e hizo suyo todo lo aprendido hasta entonces y supo que ella pertenecía a una estirpe de mujeres únicas en el mundo entero.

Cuando los soldados entraron en la cabaña alertados por la luz y el chasquido del relámpago se encontraron a Fray Juan Expósito tendido en el suelo medio inconsciente, el humo comenzaba a eliminarse pero no había rastro de la muchacha, tan solo un pequeño frasco con algunas gotas de líquido en su interior que el sacerdote agarraba con fuerza como si fuera un tesoro.